La Hoja del Lunes
1 enero 1962 (51)

LA CUESTA DE LAS PERDICES

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

HE subido, hostigado por mis hijos, a mayor velocidad de la que me apetecía la Cuesta de las Perdices. Había llovido con mansedumbre poco antes y, próximo el atardecer, la carretera brillaba todavía. Unas nubes bajas auguraban buenas cosas para los campos, menos buenas para la ciudad. Paralelamente a mi coche iban otros que las bifurcaciones inmediatas sorberían después, pequeños coches utilitarios la mayoría, la mayoría sin chófer, la mayoría con aire dominguero, cargados de gentes que —lo más probable—retrocederían rumbo a Madrid apenas se encendiesen, tentadoras, las luces de los cines y los teatros.

Yo iba pensando, hombre maduro al que toda vanidad de conductor es ajena, en el espíritu con que, tantas veces en los años de mi juventud, había subido la misma cuesta con la mirada puesta en su coronación, el rabillo del ojo en el cuentakilómetros y las [illegible]nte

Oste, iban a cruzarse en seguida con los albañiles de alpargata y blusa, con los primeros tranviarios, con los serenos rezagados, noctivagos a su igual, pero por diferentes causas. La fácil demagogia tomaba su munición de esos encuentros. La verdad es que todo era bastante inocente y que, con diversas características, esos contrastes se dan en cualesquiera tiempos y latitudes.

Aquel estudiante de horas extraordinarias que fuí yo, para neutralizar gracias a ellas, con el esfuerzo de los días de mayo, la incuria, la bohemia universitaria del otoñ y del invierno se asomaba al amanecer—ojeroso, pálido—a los balcones de la calle de San Quintín, donde viví mi adolescencia, con los apuntes de Derecho civil en las manos, mientras ante mis ojos adormilados desfilaban los postreros comparsas de las juergas nocturnas. Reconoceré que yo no movía a contrición a nadie. Quizá el trabajador de tarterilla, el tranviario embufandado, les suscitase algún repeluco, algún remordimiento. Yo, no. Ante mí nadie desviaba la mirada, y aun, bien al contrario, había quien intentaba afiliarme a su partido: "Niño, no seas malange, no estudies...", me decían corrosivamente las venus del veintitantos. Yo les hacía un ademán de poca compostura y mascullaba unas palabras llena de rencor contra Gascón y Marín, contra Posada, contra Cuevas, mis dómines del caserón de San Bernardo. La manuela, contoneándose, tomaba la curva de Arrieta, raspando con la capota las persianas del entresuelo de Joselito. Así, la tentación sólo duraba ciento cincuenta metros. Aquel cargamento provenía de la Cuesta de las Perdices, de Rosales, de la Bombilla. Los trasnochadores iban hacia su dislocación definitiva en la Puerta del Sol camino quizá del anís y de los churros de los puestos tempraneros. Confesaré ruborizado que hasta que una madrugada inolvidable—recién aprobado el administrativo—bajé la cuesta, los frenos echados, el jamelgo retenido, el corazón tembloroso, rumbo a Puerta de Hierro en uno de aquellos prehistóricos carromatos no me consideré doctorado de hombre. Ha transcurrido, claro está, muchísimo tiempo.

Hoy la Cuesta de las Perdices se ha aburguesado y es sólo una parte de la carretera que, Castilla adelante, lleva al parador de Ribadeo, del que la separan nada menos que 591 kilómetros, como con previsora anticipación anuncia un cartel situado en su margen. Puede decirse también, y esto es más grave, que ya no es ni cuesta. Sus límites no variaron mucho. Igual que antes, pinta a la derecha un manchón de encinas y a la izquierda un vivero de chopos; pero sobre la cinta por la que, con visible peligro de extenuación y desvencijamiento, subían los coches de alquiler de principios de siglo, millones y millones de automóviles rebasan sobrados de energía su frontera. Esperan en su fielato a quienes los ocupan unos restaurantes para familias, que las tardes de los domingos invernales rebullen de clientes y las noches de verano se llenan de pacíficos comensales a la busca de la brisa, de la tonificadora brisa que en los cafés de la Gran Vía se les niega. Alguna pareja despistada ancla brevemente en sus comedores. Después sigue viaje, codiciosa de mayor soledad, de mayor lejanía.

El halo maligno y pecador que tuvo antaño la Cuesta de las Perdices ha sido reemplazado por un pascual arco iris de colores purísimos. Se va allí a tomar el aire, que sopla deliciosamente; no a "correría"; a ver pasar los coches hacia la sierra, no a verlos llegar con malicia. Se acabaron, eso sí, los taponazos del buen champán francés, que debía de costar alrededor de los tres duros del año 14. Ahora se bebe... lo que con tanta prodigalidad se anuncia. Ya no se habla de duelos, de amores, de crisis, de pérdidas en el juego. Se habla, mesocráticamente, de lo difícil que anda la vida, de la última película y del próximo partido. Adiós a la Cuesta de las Perdices.

El contador ronda los cien kilómetros. Ninguna sensación de peligro nos acompaña, ninguna sensación de fatiga da el motor. "¿Tomamos algo?" "¿Tan pronto?" Ya no es meta deportiva ni parador sentimental. Es tan sólo un inofensivo, soleado, aireado merendero. ¡Ay!, como en la canción de Machado—y Dios nos perdone la herejía—, es una cuesta cualquiera, camino de cualquier parte.